

Panorama de Zacatecas

CAPÍTULO III

EL CENTRALISMO

CONFLICTO CON LOS ESTADOS UNIDOS

(1835-1848)

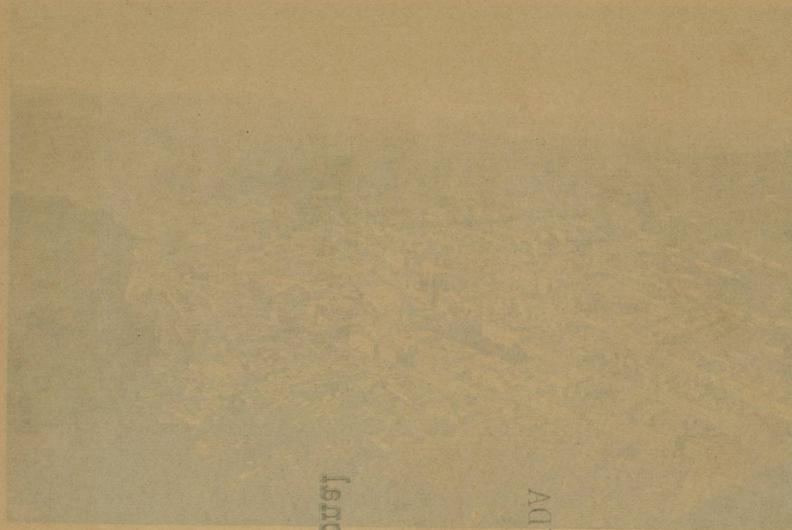
TEXAS; SANTA ANNA. LA PRIMERA CONSTITUCIÓN CENTRALISTA; BUSTAMANTE;
LA GUERRA CON FRANCIA. GUERRA CIVIL; LA SEGUNDA CONSTITUCIÓN CENTRALISTA. LA DICTADURA;
YUCATÁN. LA CUESTIÓN NORTE-AMERICANA; PROVOCACIONES É INSULTOS. LAS POSTRIMERÍAS
DEL CENTRALISMO; GUERRA CON LOS ESTADOS UNIDOS. LA REACCIÓN FEDERALISTA;
SANTA ANNA; LOS NORTE-AMERICANOS EN EL CORAZÓN DEL PAÍS.
FIN DE LA GUERRA; LA PAZ DEL CUARENTA Y OCHO

Los tres primeros lustros de nuestra historia nacional están dominados por la amenaza y el temor de un conflicto con España; la muerte de Fernando VII, la ascensión del partido reformista español al gobierno con la regente Doña Cristina, la terrible lucha civil que en la península se había desencadenado entre el *carlismo* absolutista y el *crístinismo* liberal, las medidas cada vez más violentas contra el predominio de la Iglesia y el clero, seguidas de sangrientas y espantables escenas populares, que volvían, en comparación, anodinas y pálidas las tentativas de nuestros yorquinos para fundar en México un gobierno laico; todo constituía una situación tan profundamente distinta de aquella en que los conatos de reconquista americana habían nacido, que renovarlos resultaba imposible; de aquí al

TOMO I.—PARTE SEGUNDA

Historia política

México.—Palacio Nacional



México.—Selección de Escenas

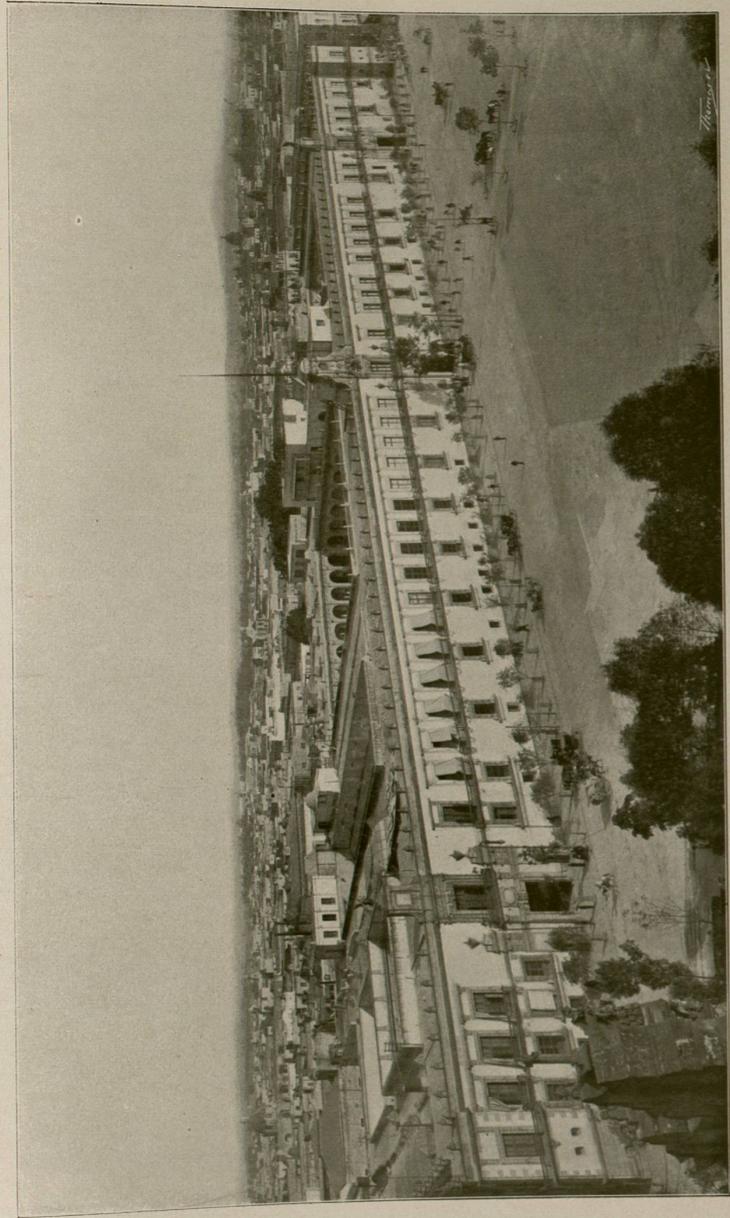
Historias políticas

TOMO I.—PRIMERA SECCIÓN

CONFLICTO DE LOS ESTADOS UNIDOS

TEXAS; SANTA ANNA; LA PRIMERA CONSTITUCIÓN CENTRALISTA; INDEPENDENCIA;
LA GUERRA CON FRANCIA; GUERRA CIVIL; LA REPÚBLICA CONSTITUCIONAL; LA DICTADURA;
MEXICÁN; LA CUESTIÓN NORTeamERICANA; PRESIDENCIAS DE ANASTASIO; LOS COSTUMERAS;
EL CENTRALISMO; GUERRA CON LOS ESTADOS UNIDOS; LA REACCIÓN FEDERALISTA;
SANTA ANNA; LOS NORTeamERICANOS EN EL CORRALÓN DEL DÍAS;
FIN DE LA GUERRA; LA PAZ; LA GUERRA Y ORO.

Los tres primeros libros de nuestra historia nacional están dominados por la colonización y el temor de un conflicto con España; la guerra de Fernando VII, la asociación del partido reformista español al gobierno con la regente Doña Cristina, la terrible lucha civil que en la península se había desencadenado entre el carlismo absolutista y el constitucionalismo liberal, las medidas cada vez más violentas contra el centralismo de la corona y el clamor de sangre y espantables escenas populares que se vivían en España con motivo de las tentativas de nuestros vecinos para imponer el régimen de gobierno franco; todo constituye una situación tan profundamente dolorosa de espanto que los combates de nuestra vida americana habían pasado por momentos de una especie de letargo.



reconocimiento de la independencia de las antiguas colonias no había más que un paso; lo dió el ministerio Calatrava en fines de 1836, y las relaciones entre España y México, que tantos males habrían evitado diez años antes, recibieron solemne sanción diplomática.

Puede decirse que el federalismo, que las complacencias con los Estados Unidos, que el deseo de aliarnos á ellos, acariciado por los próceres de nuestro primer liberalismo, fueron la forzosa consecuencia de la actitud de España. Cuando ésta comenzó á cambiar, nuestras miradas angustiosas se convertían hacia el Norte, y la cuestión de Texas aparece en nuestro horizonte, cubriendo apenas el coloso de fuerza y de apetito que se delineaba tras ella; una lucha con Texas nada significaba para los mexicanos; lo que domina todo el período del centralismo es el temor de una guerra con los Estados Unidos. Ese temor era justo; los Estados Unidos podían cortar rápidamente nuestras comunicaciones con el mundo apoderándose de nuestros puertos indefensos, cegar la fuente principal de nuestros escasos recursos y obligarnos á devorarnos á nosotros mismos en oscuras y espantosas reyertas civiles para disputarnos las llaves de las cajas públicas, desmembrarnos probablemente y regresar á la barbarie ó naufragar en la anexión. Fué una buena fortuna para México que la guerra directa y la invasión armada, si bien desnudó en todo su horror nuestras íntimas debilidades, enardeciese nuestra sangre, suscitase el valor del pueblo más abnegado del mundo, porque no defendía ningún bien positivo, sino puramente subjetivo y abstracto, y diese un poco de cohesión al organismo disgregado de la Patria.

El más temeroso legado que España pudo dejarnos fué la inmensa zona desierta, despoblada é impoblabla, por su extensión, rica á grandes trechos y en otros incurablemente estéril, que se extendía á nuestro septentrion allende el curso del Gila y del Bravo. Tales distancias separaban de ella el centro de nuestra organización política, tan difícil nos era explotar sus riquezas apenas adivinadas, con nuestra población inamovible en su mayor parte y escasísima en la restante, tan claro era que la formidable expansión anglo-americana había de rebosar en ella; la parte oriental de esa zona (Texas) caía tan naturalmente en la esfera de atracción de los Estados Unidos en indetenible marcha, que nuestros hombres de Estado no debían haber tenido otra mira que regalarla, literalmente, regalar aquella zona que no podía ser nuestra, á la colonización del mundo, á la rusa, á la francesa, á la inglesa, á la española, á la china, y dejar que allí se formara una Babel de pueblos que sirviera de rompeolas al ensanche americano. Pero esto, que hoy es fácil concebir y decidir con la punta de la pluma, era algo imposible para los prejuicios y las necesarias ignorancias de nuestros mayores; nosotros, con nuestro carácter más flojo que el de ellos, habríamos concebido mayores desaciertos; con sus errores está hecha nuestra experiencia.

La codicia de los Estados Unidos se manifestó con mil pequeñas tentativas de ensanche de límites desde que su movimiento expansivo los constituyó en vecinos de la comarca texana, fértil, bien regada y abundantísima en ganados. El gobierno español procuró ser muy firme en cuanto á sus derechos y muy parco y cauteloso en sus concesiones; la que dió origen á la colonización americana en Texas, fué la hecha á Austin, el padre, para establecer trescientas familias católicas en las provincias. La necesidad de contar con la simpatía de los Estados Unidos y nuestra casi impotencia para hacer valer nuestros derechos, nos obligaron á descuidar las restricciones y á consentir en el hecho fundamental; pronto Texas fué un grupo de pequeñas, pero activas colonias americanas; los terrenos cedidos allí